

Civilización, vexata quaestio

Jorge Myers

Antes que nada, quiero agradecerles a mis colegas en el Seminario Oscar Terán por la invitación a formar parte de esta reunión en calidad de comentarista, a mi co-comentarista, Hugo Vezzetti, al público aquí presente, y sobre todo a José Emilio Burucúa, el autor del libro que nos ha convocado hoy a esta sala: *Civilización. Historia de un concepto*. El placer de su lectura ha sido tan grande como el desafío de elaborar un comentario que sin extenderse demasiado pueda dar cuenta de la densa complejidad y variedad de su contenido.

Hay una especie (*une nature*) de hombres que la Civilización obtiene en el Reino Social, como la que los floristas crean en el reino vegetal para la educación del invernadero, una especie híbrida que ellos no pueden reproducir ni por siembra ni por gajo botánico. Ese hombre es el cajero, verdadero producto antropomorfo, rociado por las ideas religiosas, mantenido por la guillotina, expandido frondosamente por el vicio y que brota en un tercer piso entre una mujer estimable e hijos molestos. [...] Cuando los cajeros parisinos hayan reflexionado acerca de su valor intrínseco, un cajero no tendrá precio. Es cierto que algunas personas no pueden sino ser cajeros, como otros son ineluctablemente estafadores. ¡Extraña civilización!

Honoré de Balzac, *Melmoth réconcilié* (1835)

El libro que hoy discutimos se propone dilucidar ese vocablo que provocaba la perplejidad de Balzac en la década de 1830, y lo hace de forma exhaustiva, erudita y amena. Si bien han sido escogidos tan solo dos capítulos para ser discutidos en esta reunión, ellos forman parte de un libro compuesto por 40 (37 capítulos, un prólogo, un epílogo y un breve apéndice iconográfico), con una extensión de casi setecientas páginas. Por sí solos estos dos textos no pueden comunicar una idea clara de la complejidad multifacética de este libro, ni tampoco de la escala de la ambición que ha animado el proyecto de interpretación histórica encarado por Burucúa. Ya desde el prólogo –que sí será discutido en esta reunión– la pregunta por el sentido que ha sabido vehicular el vocablo

civilización es presentada bajo la forma de un enigma a resolver: como una *vexata quaestio* –un problema arduo y difícil de resolver–. Volveré luego sobre el prólogo.

Los 39 capítulos que siguen exploran la noción de *civilización* a partir de estudios puntuales de distintos momentos históricos, en los cuales se buscó explicitar una definición o varias del término, y de los debates que acompañaron esos intentos. Estos estudios aparecen organizados cronológicamente en el libro. La primera sección examina el periplo europeo del término *civilización*, siguiendo sus distintas metamorfosis desde aquello que Burucúa llama la “protohistoria del concepto” –que habría correspondido a la Antigüedad clásica y el Medioevo europeo– hasta la tradición marxista anterior a la Primera Guerra Mundial y los abordajes realizados por Jacob Burckhardt y Friedrich Nietzsche (ambos colegas en la Universidad de Basilea) poco antes de esa guerra. A partir de ese primer recorrido por la historia de este vocablo, el libro se aleja del escenario de debate colocado en los países centrales de Europa, para abordar la cuestión en España –periferia de Europa entre los siglos XVII y XX, cuando el vocablo comenzó a adquirir la serie de definiciones que articularon el campo semántico que hoy le reconocemos– y, cruzado ese puente, en las Américas (la Argentina y los Estados Unidos aparecen privilegiados en el texto); en África en la encrucijada colonialista; en la también periférica Rusia –desde los zares hasta Lenin–; en los tres países mayores de Asia, cada uno portador de una “civilización” sui géneris –Japón, China e India–, y en las tierras del islam, sobre todo en las zonas lingüísticas del árabe y del turco. La presencia de estos capítulos, cuyo contenido combina siempre la referencia a obras concretas escritas en la época y región estudiada con una bibliografía histórica hiperactualizada, ya de por sí colocaría a este libro en el rango de los clásicos *incontournables*: es de consulta imprescindible de ahora en más.

Así como España sirvió de puente entre el teatro de debate europeo y los espacios discursivos del resto del mundo, el capítulo que tematiza el otro polo del binomio sarmientino acerca de la civilización –aquel que examina la “barbarie” en el discurso y el accionar de los supuestamente “civilizados” turcos y alemanes durante la Primera Guerra Mundial– sirve de puente geográfico-intelectual para devolver la mirada al espacio geográfico europeo (al que

aparece ahora, por razones históricamente concretas, anexada la producción intelectual norteamericana). Este tercer conjunto de capítulos se interna en el laberíntico debate que supo generar durante el siglo XX el vocablo *civilización*: esta sección del libro termina con el segundo capítulo que nos toca discutir hoy, dedicado a explorar el impacto de la dictadura nazi y la Segunda Guerra Mundial sobre el sentido de este término y sus usos.

Una cuarta y penúltima sección dirige luego otra vez la mirada hacia el resto del mundo, con capítulos sobre América Latina (y destacando una vez más el aporte y/o recepción argentinos de la cuestión) y también otra vez más sobre Asia y África, antes de terminar con tres estudios sobre debates historiográficos recientes y contemporáneos acerca de lo que significa o puede significar la palabra *civilización*: en ellos encontrará el lector una renovada discusión de los respectivos posicionamientos de Braudel y Ricoeur, de Huntington, y de las propuestas poscoloniales/decoloniales de autores como Dipesh Chakrabarty (o ecológicamente configuradas como la de Fernández-Armesto) acerca de la noción de la *civilización* y lo *civilizado*, teorizada a través del prisma del siglo XXI. Con eso cierra la porción más programática del libro, aquella en la cual el argumento histórico ha sido efectivamente desenvuelto.

El epílogo constituye, en cambio, un ensayo de reflexión con fuertes marcas testimoniales centrado en la población de Chilecito, en La Rioja, que vuelve a desplegar como parte de su evocación memorialística y de su explicación historiográfica las cinco “notas esenciales” que de forma normativa habían sido asignadas al término *civilización* en el prólogo, y ello bajo la sombra larga de Joaquín V. González (en contrapunto implícito con la que ya sabemos supo arrojar el Tigre de los Llanos allá lejos y hace tiempo). Mezcla de relato de viaje, testimonio personal, estudio microetnográfico y reflexión historiográfica, la belleza de la prosa no oculta el hecho de que quizá esté asistiendo el lector no tanto al cierre de un libro como al comienzo de uno nuevo. Y además del epílogo, con su evocación de la falda de la cordillera riojana, antes de concluir efectivamente, el hermoso texto de Burucúa acerca a sus lectores una última ofrenda: un brevísimo apéndice iconográfico referido a las representaciones pictóricas de la “civilización”.

Este breve resumen está lejos de abarcar todas las múltiples facetas que componen la argumentación de este trabajo de historia de las ideas, ni de dar cuenta de la realmente *enorme* cantidad de autores, temas y problemáticas que ha sabido abordar Burucúa con precisión erudita y elegancia argumentativa. Por sus páginas desfilan Cicerón, Quintiliano, Eutropio (*civilitas*), Agustín de Hipona, Montaigne, Tomás de Aquino, Maquiavelo, Montesquieu, Voltaire, Antoine-Yves Goguet (tan importante para Gibbon), el propio Gibbon, Guizot, Condorcet, Herder, Kant, Marx, Lenin y otros autores de la tradición marxista, los principales autores de la sociología clásica alemana –destacándose, claro, Norbert Elias–, el Dante, los académicos-filólogos de la Accademia della Crusca, Francesco De Sanctis, Benedetto Croce y su rival fascista Giovanni Gentile, todos nombres inmediatamente reconocibles por cualquier lector culto formado en el Atlántico euroamericano. Y sin embargo hay más, ya que también desfilan por el libro no solo Ibn Khaldūn y sus intérpretes árabes del siglo XIX, como Rifa’a Al-Tahtawi y el debate en torno a la dupla *badawa-hadara* y su relación con la noción árabe de urbanización: *umran* (y entre el término jalduniano “hadara” para designar la civilización y el más moderno empleado por al Tahtawi, *tammadun*, derivado de *madina*, ciudad); sino también los reformadores neoconfucianistas chinos Kang Youwei, Liang Qichao, más otros reformistas del Imperio Celestial como Tan Sitong, Sun Yat-sen y otros; de la India, Rabindranath Tagore, Mohandas K. Gandhi (el Mahatma) y Gopal Krishna Gokhale; y, finalmente, muchos de nuestros propios intelectuales argentinos y latinoamericanos, desde Sarmiento hasta Mariátegui y Darcy Ribeiro. Aclaro: esta lista está lejos de ser exhaustiva.

Todo ello ha servido para componer una excelente historia de la idea de civilización a lo largo de los dos milenios (y en los casos chino e indio, cinco milenios) de existencia de comunidades letradas capaces de interesarse por una cuestión como esta. Dicho esto, introduzco una salvedad: si bien, desde el inicio, este ensayo declara que su propósito es realizar una *historia conceptual* del término *civilización*, resulta claro, cuando se lo lee desde una familiaridad con el programa de la *Begriffsgeschichte* de Koselleck o Blumenberg, que el abordaje encarado aquí no pertenece a la historia conceptual en su sentido

más estricto. Hay, es cierto, algunos momentos en el libro en los que el término *civilización* aparece analizado con herramientas propias de esa escuela, pero no constituyen la nota dominante: algunos lectores lamentarán este hecho, otros lo apreciarán. En cualquiera de los dos casos, el hecho es que la promesa del propio título es engañosa. Si es que la distancia entre este proyecto intelectual y las coordenadas precisas de la historia conceptual en su sentido más rígido constituye un problema –no estoy seguro de que así sea–, lo es sobre todo por la inclusión en el título del libro del subtítulo “Historia de un concepto”.

La perspectiva de análisis adoptada para dar cuenta de su objeto no es programáticamente *begriffsgeschichtlich*: es ecléctica, y se aproxima más a una historia de las ideas clásica, fuertemente informada por la historia social y cultural, por la sociología, la antropología y, sin duda, por la historia del arte, que a una arqueología sistemáticamente concebida y encarada desde la doxa koselleckiana acerca de los estratos del tiempo, el horizonte de expectativas o el espacio de experiencia. Más importante: en el prólogo que hoy discutimos, el autor dice, en efecto, que su propósito será mostrar, a manera de “*work in progress*”, “las que serían, a nuestro criterio, las notas esenciales de nuestro ente ideal, la civilización, como constructo de la ciencia histórica, de la sociología general y de la antropología, elemento iluminador de las grandes formas que componen las familias culturales de la humanidad pasada y actual”. En este enunciado aparece explicitada una decisión metodológica que, potencialmente, genera complicaciones para el desenvolvimiento del proyecto general, ya que, en vez de partir de una pregunta absolutamente abierta dirigida a los materiales empíricos interrogados con las herramientas del historiador, se propone una definición a priori de lo que debería ser necesariamente el concepto de *civilización* entendido en su sentido más positivo. Introduce un elemento normativo que, si bien se difumina a lo largo de la mayor parte del libro, y en los hechos no obtura –o lo hace pocas veces– la capacidad de recuperación de sentidos pretéritos del término y de reconstrucción de sus campos semánticos locales a partir de indicios presentes en el material empírico, no deja de colocar una tensión en el centro mismo del proyecto que este libro articula. Esa tensión, ese “ruido” que genera

la combinatoria de una definición normativa con un esfuerzo interpretativo de gran escala, no solo se percibe desde la orilla de la *Begriffsgeschichte*: también lo hace en relación al concepto que opera a lo largo del libro como supuesto básico central, la noción de Norbert Elias de un “proceso civilizatorio”.

Fundamental para toda la estructura del libro, y no solo para el capítulo que lo aborda como tema específico (el segundo texto escogido para nuestra discusión de hoy) es la obra de Elias *El proceso de la civilización*, con su propuesta central –ya mencionada– de la existencia de un “proceso civilizatorio”: propuesta que introduce una serie de cambios decisivos en la propia noción sustantiva del término conceptual *civilización* al reconfigurarlo en términos de un devenir procesual e históricamente no solo relativo y cambiante, sino *abierto, incierto, indefinido*. La referencia a ese esquema interpretativo reemerge en un capítulo tras otro, y subtiende, a modo de una melodía de fondo o de un *leitmotiv*, la arquitectura total del libro. En el prólogo aparece en cambio la siguiente indicación: el estudio emprendido “no consistirá en el relato analítico y comparativo de los horizontes civilizatorios, uno por uno, sino que exploraremos en ellos los ejemplos más claros de aquellas notas esenciales a las cuales nos referíamos como elementos definitorios de una categoría histórica ‘civilización’, lo más general posible”. A continuación de la cual señala cinco “notas” que a su juicio son esenciales: “1) la curialización de los guerreros; 2) el cultivo de las flores y la creación de una gastronomía compleja y distintiva; 3) la existencia de una poesía lírica; 4) la práctica extendida de las traducciones, y 5) la presencia de un sistema de administración de la misericordia”.

Es verosímil que cada uno de estos rasgos sea tomado como constitutivo de la noción de *civilización* tal como esta se ha desarrollado a lo largo de la historia, y en el curso del libro operan muy bien como indicadores estructurantes de las distintas incursiones que la argumentación hace en momentos históricos, regiones, lenguas y problemáticas que no por muy disímiles entre sí dejan de estar relacionadas con la noción de lo que constituye una civilización. Los fundamentos que justifican esta lista de notas esenciales y no otras son también absolutamente atendibles, pero no deja de ser, al fin de cuentas, una lista al menos en parte arbitraria, regida por el gusto y

los intereses del autor más que por los contenidos ineludibles de la materia estudiada. Trasluce una voluntad no solo descriptiva, sino también normativa en la producción del objeto cuya historia se ha propuesto reconstruir e interpretar.

En cuanto al carácter arbitrario, doy un solo ejemplo, y esto viene de Jack Goody, no es algo que haya propuesto Gastón: ¿por qué poesía lírica únicamente? Esa es la pregunta que yo me hacía al leer esta lista. Y ¿por qué solo poesía?, ¿por qué no también novela, cuento, teatro? El contenido de las cinco (o más, o menos) notas esenciales es discutible, pero el elemento más problemático que presenta esa decisión autoral tiene que ver, como dije antes, con la complicación –innecesaria a mi juicio– que la voluntad de partir de una definición previa de *civilización* le genera al proyecto de explorar la historia de las formas en las cuales ese término fue desplegando sus múltiples y complejas capas de sentido.

Bueno, para terminar, voy a mencionar algunos temas que creo que dan para la discusión. Por un lado, me sorprendió la ausencia general desde un abordaje histórico de la idea de civilización, un examen específico por parte del propio Burucúa de la relación entre el concepto de *civilización* y el objeto y concepto *ciudad*. Esa discusión está presente de forma esporádica en el libro, pero siempre a través de las propuestas de otros, cuando hubiera sido sobremanera interesante un análisis general del tema por el propio autor, basándose en la extensísima erudición desplegada a lo largo de esta obra. Es decir, ¿cómo interpreta Burucúa la relación que guarda el término *civilización* con otros como *urbs*, *civitas*, *polis* –los *civi*, los *polites*–? ¿Cómo interpreta su relación con la noción de *ciudad* y la forma específica de politicidad que de ella se desprende? Si bien es cierto que hay un capítulo entero dedicado específicamente a Lewis Mumford donde se aborda esta cuestión, en los momentos clave de explicación y de exposición de conclusiones ella está en gran medida ausente.

Yo detecto varias consecuencias de esta ausencia para el análisis del vocablo *civilización* y las resumo muy rápidamente ahora. Voy a tomar solo dos cuestiones –pido disculpas por la síntesis obligada, ya que hay muchas otras que había anotado, pero es un libro enorme que es imposible abordar en un comentario tan comprimido–. Por un lado, en el análisis del vocablo *civilización* en sede italiana, percibí una

ausencia de la discusión ordinovista sobre una nueva civilización socialista tematizada por Antonio Gramsci –que aparece una sola vez mencionado en el libro– desde su propio periódico *La Città Futura*. Si bien lo que aparece en el libro sobre la discusión de Francesco De Sanctis, Dante, Benedetto Croce, etcétera, da una idea muy clara y muy densa de la complejidad del debate italiano, sería bueno que apareciera también en la segunda edición de este libro que planea Gastón la referencia a esta vuelta de tuerca que le dieron en los años 1910 y 1920 Gramsci y el grupo de jóvenes ordinovistas al concepto de *civilización*.

Y creo que este desdibujamiento o difuminación del vínculo civilización-ciudad también incide sobre la discusión de Johan Huizinga. Esto se aprecia en el abordaje dedicado a los dos términos que están en el capítulo que se discute en este seminario: *beschaving* y *civiltade*. Porque *beschaving* quiere decir literalmente limar, limar asperezas. Y ese limar asperezas tiene que ver directamente con la noción de *vivere comune* enunciada por Maquiavelo, y al mismo tiempo con el tipo de *politesse* que es necesario que los habitantes comprimidos en el espacio pequeño y angosto de una ciudad deben desenvolver para poder convivir de modo adecuado, abrazando la búsqueda de una plenitud tanto como individuos cuanto como sujetos políticos. En mi lectura, tanto *beschaving* como *civiltade* (que están muy bien explicados en el libro) –esto no es una crítica, es más bien un pensar “a partir de”– podrían haber sido enriquecidos aún más con la presencia explícita de la cuestión ciudad-civilización.

El otro gran ausente dentro del hilo conductor general que recorre este libro tan polifónico y revestido de una complejidad barroca –uso coloquialmente el término barroco– es la cuestión conceptual de la barbarie. Se la menciona en distintos momentos –en algunos capítulos es central la construcción de la imagen del otro bajo la figura de la barbarie o el bárbaro– pero nunca aparece suficientemente vinculada al propio concepto de *civilización*, al menos desde mi óptica de lectura. Esto tiene que ver seguramente con una diferencia de interpretación: yo entiendo por *civilización* un término que no se puede entender sin su opuesto, que es la barbarie, y mi posición es que resulta imperativo colocarlos juntos en el momento de explorarlos. Seguramente, es una

visión que peca de sarmientina o hegeliana, pero no por ello pienso que no podría haber enriquecido el magnífico libro de Gastón sin hacer violencia a su argumentación central. ¿Por qué propongo esto? Porque la contraposición “civilización/barbarie” no es siempre necesariamente aquella entre un polo positivo y otro negativo: si para Sarmiento ese fue el caso (y aun en el *Facundo* son detectables ambivalencias), no lo fue para François Guizot, cuya “civilización europea” habría nacido de una fusión entre lo positivo de la barbarie con lo positivo de la civilización antigua. Tematizar el espacio liminar entre una forma de vida humana y la otra, entre lo bárbaro y lo civilizado, permitiría expandir el alcance de la interpretación desenvuelta por Burucúa y dotarla de un dinamismo mayor del que ya tiene.

Por último, una cuestión muy puntual –empírica y menor–. En el capítulo sobre China se dice que Kang Youwei pudo haberse encontrado con Gandhi en su visita a la India, y eso me parece poco probable por las fechas que aparecen consignadas en los propios diarios del intelectual reformista chino. Así como se dice, en uno de los capítulos asignados para la discusión en este seminario, que el encuentro entre María Zambrano y Simone Weil es poco probable, lo mismo ocurre en relación con Kang Youwei: estuvo en la India en 1901-1903, y en 1909 (como consta en su libro *Diario de viaje a la India*), pero justo en el momento de esos dos viajes Gandhi estaba en plena actividad en el

Transvaal, organizando a la colectividad india de Sudáfrica en la lucha por sus derechos. Entonces me parece poco probable el encuentro, no obstante lo sugerido por Lin Chengjie en 2013.

Vuelvo al inicio de esta conversación: si *Civilización. Historia de un concepto* no es historia conceptual, ¿qué es? Una excelente contribución a la historia de las ideas, cuya propia estructura hace pensar en una suerte de *ekphrasis*, no de cuadros y/o esculturas sino de campos de debate centrados en la definición epocal de una idea, aquella de la civilización. De tal modo que, si bien hay una constante interreferencialidad entre los muchos capítulos que componen el libro, se lo puede abordar como una galería de descripciones muy precisas y elegantemente expuestas de momentos clave en el debate en torno al vocablo *civilización* y sus implicancias para la vida humana. Tal como los análisis griegos en prosa de Filóstrato, el Mayor, dirigidos a dilucidar íconos, imágenes, obras pictóricas, grandes frescos o mosaicos que delinean los conflictos entre héroes, dioses y meros mortales, cada uno de estos capítulos presenta una reconstrucción del cuadro general de debate sobre la “civilización” en el marco de la historia de las ideas, y de los términos contextuales que lo definían en lugares, tiempos y situaciones también específicos. Y lo hace con maestría impecable. Una preciosa ofrenda para un momento como el nuestro, tan sombrío en lo que atañe a los aspectos más inclusivos y humanistas de la idea de civilización. □